

derá en San José, Dios primero. Tiene que comprar las venas. Ahora escasea mucho la vena. De Curridabat para arriba, en todas las haciendas, han cortado las cepas de guineo. Mejores las del guineo, de invierno y de verano. El guineo diario está botando las hojas. La del plátano en el invierno se pudre.

—A ver si llego.

Y sin dificultad se echa la carga al hombro, y al camino.

A este viejo hay que suponérselo primero: aindiado, de mandíbulas anchas, sin bigote, descalzo.

Toca recio la puerta y ofrece la mercancía: es un ayote, y lo trae en un saco de gangoche. Trae también un hacha.

Sale a atenderlo una niña, la hija de la cocinera, y corre a preguntar si mercan el ayote.

—Mire. Llévelo. Es mejor que lo vean. Diga que vale dos riales.

Regresa la chiquilla por el ayote.

—¡Ánimas benditas que lo dejen! A ver si me puedo ir yo a buscar algo que comer.

Medio sopetas, como que le faltan algunos dientes.

Entre tanto, el viejo confianzudo ya iba zaguán adentro.

Yo estaba en cama, en una de las piezas inmediatas, dormitorio de la familia, que la señora mantenía con el piso lustroso y en todo, muy limpio. Un biombo me sustraía a las miradas de las visitas.

Por darle broma y para ver qué hacía, le grité:

—¡Che! ¡Che! ¿Para dónde va?

Cuando lo ví, fué junto a mi cama. Debo confesar que me agradó aquella inesperada visita. El viejo era ocurrente, locuaz, muy expresivo. Por otra parte, yo tenía el buen humor del convaleciente.

—Ando delgado, me dijo. Soy viejito y vea la hora que es y no he tomado café. Tengo un dolor en este lado. (Todo esto, dicho cen gestos muy expresivos).

—Es ayote cascarito, añadió. Yo antes picaba leña en esta casa, cuando estaba Fidelina Vega. (En otro tiempo, cocinera de la casa. ¡Que Dios la tenga en su santa gracia!)

En eso, la chiquilla.

—Que tome, que es muy caro.

—Diga que cuánto me ofrecen.

Y volviéndose a mí:

—Lo vendo para irme a comérmelo. (Con un gesto hace que come). Ando a oscuras.

En eso, la chiquilla.

—Que no, que se lo lleve, que no sea necio.

—¡Ah, chiquita de Dios! como no sabe dar una razón.

Y el viejo no salía del dormitorio.

En eso, la señora.

—¡Adió! ¿Y eso? ¡Tamañas patas pintadas en el piso, acabadito óe limpiar! ¿Y esas confianzas? Salga pronto para afuera.

El viejo volvía la cabeza para todos lados, y no hallaba qué hacer.

Yo estaba muerto de risa.

Si recuerdo que cuando salía iba diciendo:

—Hemos de ser de tierra, señora. No tenga cuidado. Perdón.

Y se fué con su ayote a otra parte.

El educador

García Monge, que hizo sus estudios pedagógicos en su país y en Chile, ha llevado a la cátedra y a la dirección de la Biblioteca Nacional de San José, su credo idealista, su amor a la cultura, sus energías de luchador. Era aquella biblioteca, antes de llegar a sus manos, un frío depósito de libros, como lo son tantas. García Monge la dió calor de hogar y la puso en contacto con las poblaciones más lejanas de la República. Partían los libros de los anaqueles a ser leídos por un maestro rural, por los niños de una aldea, por jóvenes y viejos de todas partes. Y el director no reparaba en si volvían maltrechos y grasosos de la excursión, bastando a su satisfacción saber que habían sido leídos.

De su obra en la cátedra ha hablado una de sus alumnas, Corina Rodríguez López, fervorosa panegirista. ¿De cuántos profesores podrían hablar así los alumnos? Transcribo algunos párrafos de su loa, para que juzgue el lector:

«... Sentí, sin saber por qué, que cuando García Monge entraba a la clase, el aula se transformaba en algo muy parecido a mi casa y que podía decir todo lo que me inquietaba, preguntarlo todo, discutir, sentarme donde me diera el sol, ponerme de pie cuando quería rebatir un asunto y, sobre todo, lo que más me gustaba en la clase de García Monge, era eso de poder ir a su escritorio a conversar con él y salir al corredor a caminar y a pedirle libros o a contarle al profesor algo que podía no tener más valor que el ponerme en contacto con la inteligencia de mi guía o el de acercarme a su corazón, y esto vale más que saberse nombres de memoria.

»Recuerdo que siempre teníamos ansiedad de que se llegara el día de clase con García Monge y que nos lamentábamos de no tener mayor número de lecciones.

»Nos daba clases de literatura, de pedagogía y de historia de la educación, y para él la mejor alumna no era la que más supiera del libro de texto, sino la que hubiera hecho mayor número de lecturas colaterales, la que tuviera mayores iniciativas y la que presentara un trabajo personal.

»De ahí que nos ocupáramos de recoger leyendas, canciones de cuna y refranes populares para presentar trabajos personales. En las clases de li-

teratura podía notarse que sus dos grandes preocupaciones eran crear en nosotras un espíritu cívico por medio de la lectura de leyendas nacionales y el estudio de nuestros hombres y de nuestras tradiciones, y despertar vocaciones.

»Las clases de historia de la educación eran bellísimas. Al hablarnos de la educación griega despertó en nosotros un profundo culto por la belleza y una devoción por los filósofos, los poetas y los oradores griegos. No nos dió simplemente sus nombres, no. García Monge no ha creído jamás en esa manera de enseñar. Nos hizo leer sus obras; puso su biblioteca a la disposición del año y nos leyó páginas hermosísimas de Platón...

»Todavía al entrar en la clase del colegio donde estuvimos con García Monge se siente un calorcito como el que se siente al entrar en una casa cuando acaban de salir los dueños y todavía brillan los carbones en la lumbre...

»El altísimo concepto que García Monge tiene del hogar, su deseo de que se entienda cada vez mejor su verdadero sentido, su poder clarividente en los asuntos de orden educador y cívico, su gran amor a la libertad del pensamiento y su culto a la vida en toda su amplitud, es lo que nos hace pensar que es el padre espiritual de la juventud costarricense que anhele librar a este país de las amenazas extranjeras y de la peor amenaza, que es la de perder el honor y cruzarnos de brazos a esperar lo que venga...»

El amigo de todos

Hombre de América, consagrado al bien y la justicia universales, es el amigo de todos, abriéndose como un camino y dándose como un árbol. Pero él, sencillo y modesto, obra con la naturalidad de una fuerza, sin atribuir importancia personal a lo que realiza. Levanta la antorcha y se cree oculto tras de su fulgor...

Los escritores americanos, principalmente, le debemos una prueba colectiva de gratitud y estímulo. Pongo esta iniciativa en manos de mis compañeros argentinos.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

(De *La Prensa*, Buenos Aires, edición del 18 de enero de 1925. Artículo titulado: *Un hombre de América: Joaquín García Monge*).

PROMETÍ hace algún tiempo a mis lectores del *Diario de la Marina* escribirles acerca de la labor y de la obra que van implicadas en el título. Una doble simpatía imbuyó mi promesa: la que se captan las gene-